

## VII



Escámez con el pintor José Venturelli en Pekín, 1958. (Fotografía del archivo de A. Alcalde).

Por Alfonso Alcalde

**T**enia -y aún la conserva- una facilidad narrativa cautivante. Encerraba a sus escuchas en una especie de jaula y luego les colocaba un candado

mágico. El cuento podía durar una hora o más. Como un charlatán envuelto en una culebra para llamar la atención de los transeúntes, empezaba la historia que podía tener como escenario pueblos y ciudades remotas de Japón, la India, China o en Antihuala, Arauco, la tierra que lo vio nacer. Ya después, nadie se movía de sus asientos imantados por sus palabras. Se podría decir que no volaba una mosca. Iba de suspenso en suspenso, abriendo interrogantes, haciéndole preguntas al auditorio, desviándolo por la tangente para luego seguirlo deslumbrando con lo imprevisto de las situaciones donde todo podía ocurrir. Sus cuentos eran como un "western", llenos de disparos, asaltos, chistes, situaciones absurdas -casi siempre risibles-. Durante años cautivó a sus amigos con historias jamás repetidas.

Este pintor tan concreto cuando se expresa en sus gigantescos murales y pinturas, tenía el encanto de un escritor oral. El final siempre era ruidoso y lleno de carcajadas de la audiencia, porque todo lo mezclaba con la dosis correspondiente entre la comedia y los aspectos más trágicos de la vida. En una oportunidad, en la casa de un ingeniero penquista, se trenzó en un duelo con Pablo Neruda que terminó a la madrugada. Los dos contrincantes sólo pidieron una condición, "que nadie les aportillara el cuento". Así se hizo. Prefirieron, de común acuerdo, dividir sus historias por áreas geográficas, países y continentes. Ahora, decía Neruda, voy a contar mis chascarrillos de la India. Y la réplica de Escámez no se hacía esperar. El jurado de los comensales entregó su veredicto casi con los primeros cantos de los gallos: empate. Eran dos narradores de peso pesado. Los dos se llevaron la corona del triunfo, en andas. Ahora, después de 25 años, he logrado terminar la recopilación de las interminables historias del pintor. Son 101. Se fueron grabando sin prisa y sin pausa, la mayoría cuando el mágico García Márquez no aparecía en el escenario de su Macondo que cambió el rumbo de la literatura de este siglo. Escámez tenía algo de precursor y pionero en ese sentido, pero ocupó su habilidad en la pintura. La literatura también lo tentaba, pero no tanto. Del impresionante volumen de cuentos destacan "Un viaje en bicicleta", "El dedo divino y la torta", "El loco que intentó atravesar la tierra", "El perro que jugaba con las gallinas", "Retrato del capitán", "Ninfa, la mujer difamada", "Cuando ardió la pintura en el infierno", "La loca errática". Esta es una síntesis de algunas de sus narraciones más notables que se publican por primera vez.

## EL PERRO CELOSO

Sus padres viven momentos de plenitud y armonía. Están recién casados y un inmenso perro policial los cuida. Pronto el animal sospecha el próximo nacimiento del primer hijo. Desde ese mismo instante se transformará en su enemigo. Cuando la criatura ve la luz lo recibe gruñendo con ojos amenazantes. Un día los padres salen a dar una vuelta, dejando solo al niño por unos instantes. Era la oportunidad que esperaba el perro. Narra Escámez: "Vi en sus ojos la señal del crimen. Empezó a acercarse pronunciando un breve discurso que a lo mejor podría ser una sentencia. Yo estaba inmóvil y casi no me atrevía a llorar de puro miedo. Entonces el perro se abalanzó sobre mí y me comió".

## EL RELOJ

Un matrimonio está cerrando sus vidas. Hijos y nietos se han marchado. Viven por la soledad, la nostalgia y los recuerdos. Son felices, se necesitan. Pero hay algo que los une profundamente. Es un reloj de pared colgado en el centro de uno de los muros del comedor. Comían sin palabras. Sólo se escuchaba su perfecto tic-tac y las campanadas cada

# Julio Escámez, escritor

media hora, lo que siempre producía el regocijo de la pareja, como si se tratara de una pequeña fiesta. Los dos ancianos celebraban el acontecimiento tomando un sorbo de vino a la hora de la comida. Escámez fue invitado por los dueños de casa y en una oportunidad le manifestaron que tenían un compromiso social, excusándose para dejarlo solo. El pintor comenzó a mirar el reloj y como tenía la manía de la exactitud geométrica, comprobó que tenía una pequeña desviación hacia la derecha no mayor de unos cuantos milímetros. Empezó a curiosear, y ante su sorpresa y asombro, el gran péndulo de cobre se detuvo. Trató por todos los medios de recuperar su andar, pero resultó imposible. Por último se resignó a dejarlo en su antigua posición, pero continuaba detenido. Al día siguiente, a la hora del desayuno, el anciano lanzó un grito. ¡El reloj! ¿Qué le ha pasado al reloj? Julio guardó un silencio cómplice, pero luego, un tanto avergonzado, confesó: "Yo soy el culpable. Traté de ponerlo en forma correcta y algo ocurrió". Entonces el anciano le dijo, en medio de incontrolables sollozos: "He ocupado medio siglo de mi vida, día tras día, hasta lograr que mi reloj anduviera sin problemas, anunciando cada hora en forma perfecta. Ahora usted lo destruyó todo, y también la felicidad que existía en este hogar". Escámez concluye: "Entonces abrieron la puerta de la calle y me expulsaron sin piedad".

## EL ERROR DEL OCULISTA

Cuando el pintor llega a Italia, lleva la obsesión de visitar todos los museos de Roma para conocer las obras originales de sus grandes maestros. Pero descubre que su vista está fallando, y recurre a un oculista, el que cambia sus lentes redondos, como los ha usado toda su vida. Pero tan pronto sale a la calle se encuentra con una sorpresa: al subir los escalones de un edificio público, le parece que cada peldaño tiene como cien metros de altura. Hacia abajo, los transeúntes se ven como monstruos de tres metros. Una mosca que pasa a su lado es del tamaño de un animal prehistórico. Un jardinero riega y de su manguera sale un chorro como si se tratara de las cataratas del Niágara. Prefiere sentarse para ordenar este caos que ha aparecido en sus ojos. Los vehículos no tienen comienzo ni fin por lo largos que son. También los sonidos aumentan en forma alarmante, y cuando se le cae una moneda tiene el efecto del estallido de una bomba atómica. Regresa donde el oculista el que le pide disculpas por el error cometido. "Se trata de un lamentable error técnico" -justifica. Le cambia de inmediato los anteojos. Pero esta vez observa las imágenes de otra manera. Ahora son pequeñísimas. Cada persona que cruza la calle es del tamaño de una pulga. Los árboles tienen la forma de un matapijío.

Choca con puertas y ventanas que ve como si se tratara de palitos de fósforos. Pide ayuda, pero tiene que mirar a la gente como si fueran enanos de un circo. Escribe Escámez: "Una vez intenté perseguir a la más hermosa de las romanas que pasó a mi lado. ¿Cuántas veces pasaría junto a ella sólo alcanzando la altura de sus zapatos? Entonces decidí botar mis anteojos y ante mi sorpresa comprobé que estaba tendido en el césped y mi rostro tenía la forma de los tréboles, igual que el resto de mi cuerpo. Tuve que esperar una larga temporada hasta que, lentamente, como si se tratara de un milagro, fui creciendo de nuevo hasta alcanzar el porte que tengo ahora".

## EL TUNEL DEL MIEDO

El protagonista trabaja haciendo

cerámicas en Colcura y en una oportunidad, llevado por el entusiasmo, sale a marisquear con algunos amigos. Se hace de noche. Pierde el último tren del regreso y debe retornar a pie. Lleva el presentimiento que puede ser víctima de un asalto, porque en esos días la crónica policial hablaba de continuos atracos de malhechores que habían llegado desde otras tierras. Comienza a caminar pensando en las alternativas que llevaría a la práctica en caso que alguien atentara contra su vida. Se encuentra con un obstáculo inesperado: un túnel. No hay manera de eludirlo y comienza a avanzar en medio del agua y el barro que se desprende de las paredes. En lo más profundo de la oscuridad agudiza todos sus sentidos, siempre alerta, esperando el zarpazo que puede llegar en cualquier momento. De pronto escucha unos pasos, lejanísimos primero, pero que se vienen acercando. Tal vez es demasiado tarde para retroceder. Avanza, y lleno de terror siente el aliento y las manos de alguien que palpa su rostro. El hace lo mismo y recorre la cara de ese desconocido que debe estar sintiendo el mismo miedo que lo embarga a él. Los dos huyen en sentido opuesto chapoteando en el barro en busca de la luz y la salvación.

## EL NAUFRAGO DEL LAGO DE MEMBRILLO

En este relato Escámez cuenta que "llegando abril comenzaba en esa pulpería la fabricación de dulce de membrillo, en tales cantidades como para endulzar a todo ese pueblo amargado. El ajetreo se iniciaba en la cocina, donde se fundía la fruta en enormes fondos de metal. Yo fui a parar a ese empleo en mi época de vagabundo. El trabajo era sacrificado.

Subir los fondos humeantes de membrillo derretido hasta un inmenso pozo y vaciar su contenido. Los cargaba al hombro. Tenía que trepar una larga escalera, en medio de las bromas de los otros trabajadores que me consideraban enclenque. Debía dormir escasas horas junto al caldero, que nunca dejaba de hervir, para luego continuar la faena. Casi siempre se me derramaba una parte del líquido sobre el cuerpo y era perseguido por cientos de moscas". La última noche, antes de dar por terminado en forma definitiva su trabajo, resbaló en uno de los escaños y se precipitó rodando entre la melaza hasta caer en el centro del pozo. Empieza a hundirse lentamente como un naufrago, chapoteando para salvarse en medio de las risotadas de unas mujeres que lo alumbran con linternas. La dueña del negocio infernal trata de hacerlo desaparecer empujándolo con un palo. Relata Escámez: "Era como una tierra movediza, pero dulce que se me pegaba en los ojos. Casi no los podía abrir. Estaba seguro que sólo me quedaban pocos minutos de vida.

Escuchaba los gritos de las mujeres que cada vez eran más sordidos y amenazantes". Alguien, por fin, le tiende una mano salvadora y logra rescatarlo. El naufrago tiene color lila y recordará: "Quedé pegajoso por el resto de mis días".

Después de una ausencia de tan largos años (Julio Escámez reside en Costa Rica y es el restaurador de los cuadros más importantes de los autores de la colonia), el pintor-escritor nos entregó nuevas versiones de sus cuentos de nunca acabar. Las seguimos grabando. Como siempre, otros personajes y situaciones aparecen en su mundo inesperado, desconcertante y también reidero, porque su sentido del humor tampoco parece tener fin. Su libro llevará este título: "Cuentos para narrar cuando llegan visitas".